



Galia Ospina Villalba

JULIO RAMÓN RIBEYRO

*una ilusión tentada
por el fracaso*

Para Viki

Ospina Villalba, Galia

Julio Ramón Ribeyro : una ilusión tentada por el fracaso / Galia Ospina Villalba. — Bogotá : Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2006.

256 p. ; 21 cm.

ISBN 958-9029-78-7

1.RIBEYRO, JULIO RAMÓN, 1929-1994 – CRITICA E INTERPRETACIÓN. 2.LITERATURA PERUANA. I. Tit.

CDD928.6'R356

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 No. 22-61 – PBX: 242 7030 – www.utadeo.edu.co
E-mail: sandra.guzman@utadeo.edu.co

Julio Ramón Ribeyro: una ilusión tentada por el fracaso.
Galia Ospina Villalba
ISBN: 958-9029-78-7
Primera edición: 2006.

Rector: Jaime Pinzón López
Director Editorial: Alfonso Velasco Rojas

Diseño y diagramación: Claudia Lorena Domínguez Pabón y César Fernando Garzón Paipilla.
Coordinación editorial: María del Pilar Osorio

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
2006.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

Galia Ospina Villalba

Julio Ramón Ribeyro:
una ilusión tentada por el fracaso

Por qué escribo

Para deshacerme de ciertas obsesiones y de sentimientos opresivos.

Para tratar de dar forma y comprender mejor ideas e intuiciones que me pasan por la cabeza.

Para contar algo que merece ser contado.

Para crear, sin otro recurso que las palabras, algo que sea bello y duradero.

Por una necesidad humana de ser reconocido, apreciado, admirado y —tal vez— amado (como diría mi amigo Alfredo Bryce Echenique).

Porque me divierte.

Porque es lo único que sé hacer más o menos bien.

Porque me libera de un sentimiento de culpa inexplicable.

Porque me he acostumbrado a hacerlo y porque es para mí, más que una rutina, un vicio.

Para que mi experiencia de la vida, así sea pequeña, no sea perdida.

Porque el hecho de estar solo frente a mi máquina de escribir y al papel en blanco, me da la ilusión de ser absolutamente libre y poderoso.

Para continuar de existir después de muerto, ya sea sobre la forma de un libro, como de una voz que alguien se de

el trabajo de escuchar.

En cada lector, el escritor renace.

Julio Ramón Ribeyro

Agradecimientos

Este ensayo literario no habría sido posible sin la compañía y la infinita paciencia de mi madre. En los días áridos de la escritura me brindó el ánimo y la confianza que me hacían falta. Sus iconfundibles fotografías acompañan este libro. Así mismo, agradezco el apoyo de mi padre y las conversaciones que tuvimos acerca de la disciplina que debía tener un escritor para llevar hasta el final su empresa. En forma muy especial reconozco el compromiso sincero y afectuoso que Óscar Torres siempre mantuvo frente a mi labor investigativa. Agradezco el rigor y la inteligencia con que leyó estas páginas. Las conversaciones que mantuvimos se convirtieron para mí en una reserva espiritual cuando me sentía presa del desaliento y la desesperanza. En esta travesía fue muy positiva la amistad con el escritor y poeta chileno Pedro Lastra. La correspondencia que sostuvimos me aportó una inmensa alegría, acrecentó mi compromiso con la obra ribeyriana y se convirtió en un lugar mágico en donde el azar obraba de forma misteriosa.

También guardo en la memoria la primera aproximación que tuve de Ribeyro en la clase de *Hispanoamericana* que dictaba Luis Fernando Afanador en la Universidad Javeriana. Le doy las gracias por los encuentros que tuvimos alrededor del escritor peruano y por la bibliografía que me facilitó. Vaya igualmente mi gratitud a Mario Mendoza, quien fue la primera persona que me

acompañó en esta investigación. Su curso de *Introducción a la literatura* ha sido una fuente inagotable de imágenes y de reflexiones que reaparecen en mis escritos. Su generosidad y afecto se manifestaron de nuevo al prologar este libro. También agradezco las conversaciones que mantuve con Alejandra Trujillo, Álvaro Rodríguez, Peter Shaefer y Mario Jursich, y la valiosa ayuda que me prestaron en la consecución de una bibliografía que iluminó muchos aspectos de este trabajo. Guardo en la cercanía una conversación que tuve con mi hermano Lucas que me despejó el camino cuando sentí que perdía ese punto luminoso hacia el cual se dirigía la lenta construcción de este libro.

Conservo con honda gratitud la amistad ribeyriana con Lucy de Ribeyro y César Ferreira. Agradezco de manera especial el apoyo gráfico facilitado por la familia de Ribeyro y la autorización de Alida Cordero para publicar valiosas fotografías pertenecientes al álbum familiar. Deseo agradecer al Consejero Eduardo Bernales y a la Embajada de Perú por sus valiosas gestiones culturales y el genuino interés en la realización de este libro. Vaya igualmente mi gratitud al Convenio Andrés Bello.

Jamás olvidaré la sensible receptividad con la que Alfonso Velasco Rojas acogió este trabajo. Su generosidad y atenta escucha impulsaron el proceso de publicación de este libro. Agradezco a todo el equipo humano del departamento de publicaciones de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, y a esta misma por el empeño y el interés puesto en la edición de este volumen.

Julio Ramón Ribeyro es una continua fuente de inspiración en mi labor docente y creadora. Su tenacidad, rigor y lucidez sensible son instantes duraderos para recordar, para volver a pasar una y otra vez por el corazón.

Índice

15

Semblanza de Julio Ramón Ribeyro

23

Carta de Mario Mendoza

25

Prólogo de Mario Mendoza

29

Presentación

41

CAPÍTULO I. “PIENSO A MENUDO QUE ASÍ COMO LA LITERATURA
DE ALGÚN AUTOR ES LA HECHURA DE SU PROPIA VIDA, ASÍ
TAMBIÉN LA VIDA DE UN AUTOR ES LO QUE UNO ESCRIBE”

41

El diario íntimo o la vida como una escritura de enigmas

86

El sentido de lo fragmentario en *Dichos de Luder* y
Prosas apátridas: escritura hecha de tiempo y para
durar en el tiempo

112

¿Qué significa escribir en París?

136

Una escritura al margen

173

CAPÍTULO II. DE LOS DIARIOS Y LAS REFLEXIONES ÍNTIMAS AL
RELATO AUTOBIOGRÁFICO: “FRAGMENTOS DE LAS MEMORIAS QUE
NUNCA ESCRIBIRÉ”

177

“Por las azoteas”: el código represivo en
contraposición a lo aéreo

199

CAPÍTULO III. LA TENTACIÓN DEL FRACASO O EL DIVORCIO
ENTRE LA NOCIÓN DE MUNDO Y LA DE LA REALIDAD

199

“Silvio en El Rosedal” o la realidad como el reino de
la carencia

223

CAPÍTULO IV. UNA FILOSOFÍA DE LA ILUSIÓN

223

“La casa en la playa” o el carácter indestructible de la
imaginación

241

ANEXO

Decálogo de Julio Ramón Ribeyro

245

V. BIBLIOGRAFÍA

245

Del autor. Cuento, novela

246

Ensayos y otros escritos

247

Sobre el autor. Entrevistas

248

Crítica, comentario

250

Obras de referencia



Fotografías de la evolución biográfica de Julio Ramón Ribeyro.
Archivo familiar.

*Es la salud lo que me conduciría a la muerte
y la enfermedad lo que me mantiene vivo.*

Prosas apátridas.

Semblanza

El 31 de agosto de 1929, el invierno ensombrece el cielo limeño arrojando una densa neblina que humedece la costa peruana. En horas de la tarde nace Julio Ramón Ribeyro; en una de esas casas emblemáticas de la clase media limeña: puerta discreta, techos altos, alguna ventana, salita con retratos familiares, frutera de loza, camas hondas, azotea atestada de inútiles objetos que el rigor del orden y el decoro obligan a esconder, y que la imaginación de Ribeyro no cesará de evocar desde la distancia geográfica, otorgándoles un lugar autónomo en la casa del lenguaje, al resguardo del olvido y del tiempo destructor.

El parque Sucre, en el barrio miraflorentino de Santa Cruz, escenario de sus juegos infantiles, será remodelado en forma persistente por el libre acto imaginario que transforma las pequeñas glorietas del parque en el bergantín de Sandokán, el Tigre de los Mares, y los setos de granadillas de los jardines en el castillo de Robin Hood. La vida soñada tiene sus raíces bien afincadas en el país de la infancia. Ribeyro deja la puerta entreabierta para retornar a ese espacio con los instrumentos de un juego muy serio: las palabras, que como los trastos viejos de la azotea, vuelven a cobrar vida gracias al poder alquímico de la mirada.

Su primer maestro de literatura fue su padre, quien le dio a conocer escritores memorables como Dumas,

Balzac, Flaubert, Stendhal y Proust. No en vano, el autor será tildado más adelante como “el mejor escritor peruano del siglo XIX”.

Desde muy temprana edad, Ribeyro manifiesta una marcada vocación literaria. Su familia habría preferido que siguiera el ilustre destino de sus ancestros: la carrera de Derecho que le aseguraba una vida económicamente estable y un futuro prometedor.

A los dieciséis años se inscribe en la Universidad Católica para cursar estudios de Leyes, pero *la llamada de la aventura* empieza a convocarlo en un grupo de jóvenes que se reúnen con particular entusiasmo en la preparación de cada número de la Revista *Letras Peruanas*, dirigida y auspiciada por Jorge Puccinelli en 1951. Pronto exhibe con timidez una de sus cuartillas influidas por las apasionadas lecturas de Kafka, Joyce y Flaubert, que realizaba con pasión de ferviente iniciado al margen del estudio de los impenetrables códigos. Las tertulias se prolongan hasta altas horas de la madrugada en el bar “Palermo”. Sus primeros años de formación como escritor deben rastrear en este bagaje de experiencias vitales que va nutriéndose de imágenes de lugares, intuiciones de atmósferas, gestos de personas, que saldrán a la luz en el momento indicado.

El escritor en ciernes se resiste a seguir el camino de sus abuelos rectores y ministros, y opta por no fijar su vida en la propiedad, la patria, la profesión y la familia.

En 1952 incursiona en el periodismo, gracias a una beca de ocho meses para estudiar en España. De allí se traslada a París, Amsterdam, Amberes, Londres y Munich

con “una maleta llena de libros, una máquina de escribir y un tocadiscos portátil”. Sus personajes irán surgiendo de las volutas de su cigarrillo, de la consumación del fuego, del ardor brutal, de los ojos enrojecidos y de la energía vital arrojada a unas líneas, corregidas o eliminadas, pero en las que se ha volcado lo mejor de sí mismo. Sin el contacto de un *Gauloise* en sus delgados labios, la escritura se torna esquiva e insípida.

Ribeyro toma una decisión: escribir sin parar, fumando a la vez paquetes enteros, a sabiendas de que su vida es “como un barco que sale en busca del naufragio”. “Previsión, economía, método, son palabras que no tienen sentido para él”.

Ejercerá los más variados oficios: recogedor de periódicos viejos, portero de hotel, vendedor de productos de imprenta, empleado en una fábrica de papel fotográfico, y escritor preñado de posibilidades.

En 1955 se publica en Lima *Los gallinazos sin plumas*. Estas narraciones son elaboradas en su mayoría en París, otorgándole voz y rostro a personajes de la clase media y popular peruana que han sido “excluidos del festín de la vida”.

Regresa al Perú en 1958 para trabajar por un intervalo de dos años como profesor en la Universidad de Huamanga. Ese mismo año publica *Cuentos de circunstancias* donde resplandece el tono poético y evocador en relatos como *Página de un diario* y *Los eucaliptos*.

En 1960 se instala de forma definitiva en París donde trabaja para la Agencia France-Press. En esta época sale a la luz su primera novela *Crónica de San Gabriel*,

que da testimonio del quebranto de la hegemonía económica de una tradicional familia lugareña.

En 1964 son publicadas dos colecciones de cuentos: *Tres historias sublevantes* y *Las botellas y los hombres*. El hecho de escribir desde París enriqueció la perspectiva del ámbito peruano, confiriéndole líneas de fuerza que sólo se esclarecen desde la reveladora distancia.

Su novela *Los geniecillos dominicales* aparece en Lima en 1965. Su protagonista es un artista adolescente que se siente extraño en la ciudad. Con *Cambio de guardia* (1976), Ribeyro se aventura a experimentar una forma de carácter fragmentario, cuyo telón de fondo es un golpe de Estado.

En la década del 70, desempeña el cargo de Consejero Cultural de Perú ante la UNESCO. Su carrera diplomática le brinda sosiego económico y tranquilidad mental para volcarse en el trabajo creativo. Pero no deja de inquietarse. Se aburre. Desea estar en otro lugar: “Un cuartito de hotel. Un pueblo de Perú donde sea maestro. Una playa”.

Sus cuentos son recopilados en cuatro volúmenes en *La palabra del mudo* (1972, 1977 y 1992).

En 1991 vuelve a Lima, a Barranco, al mar que suspende sus pensamientos; a unos pocos buenos amigos; al sabor del vino *Saint-Emilion*; a la discreción de su gato.

En 1994 se dan a conocer sus *Cuentos completos*. Frase a frase, el escritor aspira alcanzar la anhelada transparencia; un estilo neutro que suprime cualquier estilo.

A esta depurada producción cuentística se añaden incursiones en el género dramático. Se distinguen *Vida*

y pasión de Santiago el pajarero (1966), *Fin de semana* (1961) y *Atusparia* (1981). Su fino humor crítico sobresale en una colección de aforismos firmados por Luder, su cínico y desengañado alter ego. En *Dichos de Luder* (1989), el autor se perfila como un “corredor de distancias cortas” que esgrime en sentencias breves, una sonrisa sarcástica rebotante de inteligencia.

Ribeyro se limita “a narrar lo que ha vivido, visto e intuido”. Adora sentarse en la terraza de un bar parisino, pedir una botella de vino y contemplar la gente que pasa, sus gestos cotidianos, sus posibles sueños y visiones. El libro puede leerse en desorden, abrirse al azar. Cada texto es autónomo en sí mismo. Por las páginas transitan reflexiones sobre la vejez, la memoria, el tiempo, la muerte, el amor, la política. Cada prosa se abre como un loto donde “el tiempo que nos habita, acelera, fatigado ya de durar, pidiendo el retorno al manantial”.

En 1976, reúne bajo el título *La caza sutil* una colección de ensayos de crítica literaria. En ellos analiza con sensible lucidez obras de Flaubert, Stendhal, Adamov, Sagan y José María Arguedas. Ribeyro no se deja engañar por las teorías de crítica literaria expuestas con petulancia y sesgos herméticos. Su estilo es claro, diáfano, comprensible para todo el mundo. Sus diarios *La tentación del fracaso*, aparecidos por primera vez en el sello de Jaime Campodónico, fueron reeditados por la editorial española Seix Barral en el año 2003 con prólogos de Ramón Chao y Santiago Gamboa.

Leyendo los diarios, constatamos que cada vez más Ribeyro fue convirtiéndose en el personaje de uno de sus cuentos. Es Fénix caminando en medio del vaho ardiente, cortando amenazantes lianas con la fuerza de la voluntad, la pasión y el rumor de la vida.

Su obra es un *continuum*. Cada escritura es una parte del espejo que develará su rostro verdadero, el enigma escondido en el arabesco de las formas.

Cartas a Juan Antonio (1996), recopila en dos tomos una larga correspondencia epistolar que sostuvo con su hermano mayor. La selección fue hecha con cuidado por Lucy Ipenza de Ribeyro, viuda de Juan Antonio, fallecido en abril de 1996.

Al intentar escribir su autobiografía, Ribeyro le comentó a su hermano: “Empiezo todo, pero no remato”. De la historia de su vida alcanzó a escribir dos capítulos: “Ancestros” y “El parque Sucre”, publicados en *Antología personal* (1994).

En 1974 se le detecta cáncer. En noviembre de 1994 fue condecorado con el Premio Juan Rulfo. El presidente de México, por aquel entonces Carlos Salinas de Gortari, lo esperó en vano para el develamiento de la efigie con el busto del reciente ganador del premio. Su salud ya frágil y menguada no le permitió realizar el viaje. En su lugar, asistieron su esposa Alida Cordero y su hijo Julio.

Días después de obtener el Premio Juan Rulfo, su vida se apaga el 4 de diciembre de 1994.

Para despedirlo memorablemente, sus amigos ponen en su féretro una cajetilla y un tinto de *Saint-Emilion*.

“Es penoso irse del mundo sin haber adquirido una sola certeza. Todo mi esfuerzo se ha reducido a elaborar un inventario de enigmas. He puesto tanto empeño en construir el pedestal que ya no me quedaron fuerzas para levantar la estatua”. Sobre su estela inscribieron un epitafio extraído de *Prosas apátridas*: “La única manera de continuar en vida es mantener templada la cuerda de nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro”.

Bogotá, octubre y 1999

Galia,

he pasado varios días leyendo y releendo su trabajo. Estoy verdaderamente sorprendido. Sólo tengo para usted palabras de admiración. Hay en estas páginas una escritura desgarrada y brillante, una exquisita sensibilidad adolorida plena de rigor e inteligencia. Creo que tiene que sentirse muy satisfecha consigo misma. Muy raras veces la literatura cuenta con una persona como usted. No abunda la lucidez sensible.

Creo que como Silvio, y como el propio Ribeyro, al final de este trabajo usted ha dibujado las cicatrices de su rostro. Muy bien, pues como decía alguien, lo que más nos hiera como hombres es lo que más nos nutre como artistas.

En horabuena,

Mario Mendoza

Plegamientos

Elegimos ciertos autores para escribir sobre ellos porque, de alguna manera que es incomprendible para nosotros mismos, ellos tienen las claves de nuestra vida, y la de muchos otros, en sus manos. Por eso nos adentramos en sus textos, buceamos en sus historias, intentamos entender el cómo y el porqué de sus estéticas: porque al hacerlo comprendemos las razones más secretas de nuestra existencia, y la de aquellos que, como nosotros, se sienten habitados por fuerzas que los sobrepasan. Sólo así la escritura ensayística produce pliegues de significado que iluminan, de manera permanente, la mente de los lectores.

Este es uno de esos casos afortunados. Galia Ospina ha invertido lo mejor de sí para desentrañar los vectores que atraviesan la obra del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro. La imagino sentada en los parques con los *Dichos de Luder* en la mano, leyendo y releendo un mismo párrafo hasta aprendérselo de memoria; o caminando por las calles y recitando mentalmente apartes de *Prosas apátridas* que le mostraban, quizás, facetas ocultas de su propia biografía; o repitiendo hasta el cansancio una idea de la *Tentación del fracaso*, una idea que ella misma ya había pensado por su cuenta, una idea que la había alejado seguramente de las demás personas y que la había hecho sufrir. Porque al compenetrarnos con un autor

nos convertimos por momentos en él mismo, somos él, y cuando regresamos a nuestro “yo”, descubrimos que hemos salido para iluminarnos y para iluminar a nuestros semejantes. Eso es lo maravilloso de estas páginas: que están escritas con pasión, con ira, con ansiedad, con impotencia, con angustia y desesperación. Sospecho que Galia Ospina sufrió durante su escritura metamorfosis de alta intensidad, creyó que no iba a ser capaz de terminar, claudicó mil veces y otras mil volvió a tomar estas líneas y continuó escribiendo sin saber ya porqué lo hacía, ni cómo lo hacía, ni quién lo hacía. Creo que escribió poseída, invadida por las obsesiones de Ribeyro, y por eso sabe muy bien de qué está hablando, porque lo hace desde adentro, desde las entrañas mismas del escritor.

Ha sido todo un gusto leer este libro, y me alegra que la Universidad Jorge Tadeo Lozano, siempre atenta al talento y al rigor investigativos, haya decidido publicarlo. Sé que los lectores encontrarán aquí las directrices principales de la obra de Ribeyro: la marginalidad, el deseo de estar ausente, la impotencia frente a un establecimiento social corrupto y de doble moral, la desdicha de saberse débil y diferente de los demás, la frustración, el desencanto, la fragmentación, la filosofía de una ilusión que siempre la realidad termina por hacer pedazos. Pero más allá de esto, creo que el lector también encontrará la voz de una artista que está buscándose a sí misma, y que en ese largo camino por descifrar las claves de su más íntima psicología, nos brinda un estudio magnífico sobre un es-

critor como Ribeyro, a quien ella y muchos otros consideramos, con afecto, como un maestro y un compañero de ruta.

Mario Mendoza / 2004.

Presentación

Las primeras lecturas que acompañaron mi aproximación a Ribeyro fueron sus cuentos. Ellos dejaron impresiones fijas en mi mente: las manos ásperas de Mercedes¹, ausentes de toda condición humana, la imagen de Don Roberto² quebrado como un vaso ante sus acreedores, “el ruido de la terracota haciéndose trizas” y Arístides “en cada añico reconociendo un pedazo de su ilusión rota”³. Ribeyro es “la palabra del mudo”, del ser humano anónimo y desapercibido. El escritor no juzga a sus personajes, al contrario, manifiesta una profunda compasión por todos ellos. Su escritura es el *rumor de la vida*; un mapa en donde transitan las líneas de la ilusión, del desengaño, de la muerte y el olvido. Es a partir de la vida que se construyen los sueños, pero es también la vida la que se niega a realizarlos. La realidad es una línea de fuego agrietando los vastos campos de la ilusión.

La primera intuición que me asaltó después de haber leído *Prosas apátridas*, *Dichos de Luder*, los *Cuentos completos*, y en especial, sus diarios personales reunidos bajo el nombre *La tentación del fracaso*, fue percibir una voz subterránea que los atravesaba, dotándolos de una profunda coherencia y unidad. Me sor-

¹ Ribeyro, 1994. “Mientras arde la vela”. En: *Cuentos completos (1952-1994)*, p. 48.

² Ribeyro, 1994. “Junta de acreedores”. En: *Op. cit.*, p. 79, 1994.

³ Ribeyro, 1994. “Una aventura nocturna”. En: *Op. cit.*, p. 186, 1994.

prendí al darme cuenta que algunos párrafos de *Prosas apátridas* reaparecían en sus cuentos con algunas variaciones. A lo largo de mi investigación me propuse la tarea de hacer visible este *continuum* que se percibía en una lectura totalizadora de la obra ribeyriana. En los diarios personales encontré muchas semejanzas entre las situaciones de desencanto, de frustración, absurdas, sin salida, vividas por el autor, y las ocurridas a los personajes de sus relatos. Vida y obra son inseparables. Los cuentos surgen de la propia experiencia o de imágenes que por su intensidad se han vuelto parte del cuerpo, encarnándose en una dimensión interior que con el tiempo adquiere una proyección simbólica. La escritura contiene en sí misma la ilusión y el corte transversal impuesto por una realidad inevitable.

Este libro es un intento por comprender la obra narrativa del escritor peruano desde la construcción de una poética muy personal. La vida y la obra de Ribeyro forman un complejo sistema de reenvíos y reflejos. Existen partes del diario personal que reaparecen en *Prosas apátridas* o páginas del diario que son el punto de partida para la creación de un cuento. En el género del diario, el escritor se ejercitó en la captación de lo inmediato que sucumbiría a la desintegración y al olvido de no ser registrado. El diario se convierte en un valioso receptáculo de claves a la hora de interpretar sus cuentos. La obra artística vendría a ser el rostro visible y transformado de la corriente subterránea de la vida. La crónica de la propia vida expresada a través de los cortes que imponen los días es muy cercana a la

ficción. Al hablar de nosotros mismos no existen referencias fijas ni inmutables. El propio nombre es un signo que se va llenando de contenido de acuerdo con las experiencias vividas. Todo pasado es ya ficción, pues en el acto de la rememoración añadimos elementos del presente a vivencias del pasado. Nunca podremos acceder a éste en su estado puro. El instante pasa, las palabras quedan, pero la sensación que acompañaba al recuerdo ha desaparecido.

A medida que fui ahondando más en la obra ribeyriana percibí que de ella se desprendía un carácter fragmentario: comienzos de novelas que desfallecen a las primeras páginas, pedazos extraídos del diario y que no pertenecen a ningún lugar, papeles marginales, reflexiones sueltas, etc.

En *Prosas apátridas* Ribeyro reúne algunos apartados del diario que se sostienen solos fuera del contexto de su vida por la tensión narrativa que contienen. Cada uno de ellos tiene los rasgos dispersos y azarosos de la vida. Al leerlos puede sentirse la mirada alerta y vigilante del *flâneur* revelando el oscuro corazón de los seres y las cosas. En este libro es notable la influencia que tuvo en Ribeyro la “estética de la observación”, ejercida por algunos escritores en el siglo XIX. El artista es un punto de vista, una mirada cerrándose como el diafragma de una cámara sobre aquello que cautiva su atención. El mundo se abre como las páginas de un libro susceptible de ser descifrado.

Entre *Prosas apátridas* y el *Spleen de París* existe una hermandad espiritual. Ambos libros pueden ser

leídos en desorden; por el final, por el medio o por el comienzo. Tanto Ribeyro como Baudelaire fueron los transeúntes de los pasajes umbrosos, sitios visitados por la inmensa familia de los vencidos, de los fracasados, de quienes han visto quebrarse sus ilusiones como un trasto viejo. Ambos caminaron en medio de una selva caótica de información, de las luminosas fantasmagorías que engañan a los incautos, distinguiendo en medio de los escombros el esplendor de la belleza que echa sus raíces en el desierto de los hombres.

En *Dichos de Luder*, Ribeyro se ejercita en los terrenos de la crítica y de la ironía socavando las bases de la razón y de la lógica. Este libro está construido con frases breves, intermitentes, que tienen el carácter conclusivo de un epifonema. Algunas de ellas se convirtieron en material potencial para ser reutilizadas en sus cuentos.

El aspecto esencial de la escritura fragmentaria apunta a la pérdida de un centro o de una noción de verdad. Los escritores que han cultivado el fragmento — recordemos a Kafka, Eliot, Stevens, Proust, Robbe-Grillet, Virginia Woolf y Beckett— son conscientes de que el sentido de la vida ha explotado en una miríada de fragmentos y de que lo único que les queda es apoderarse de pequeños pedazos de la realidad, rescatar el significado potencial de una mirada, el universo que se comprime en el interior de una palabra.

Luego de analizar el sentido de lo fragmentario en *Dichos de Luder* y *Prosas apátridas* y su estrecha vinculación con la cuentística ribeyriana, percibí una íntima relación entre la escritura fragmentaria y la idea de

marginalidad. Esta última es como un pequeño sistema atómico. Alrededor de él gravitan diversas fuerzas que constituyen la visión de mundo de Ribeyro. Su sensibilidad es muy cercana a lo pequeño, a lo fracturado, al detalle que condensa toda una vida. En este sentido, el cuento se adecuaba más a su forma de expresión que la novela. Ribeyro siempre se enfrentó con anticipada angustia y preocupación a la concepción totalizadora de una época. ¿Cómo concebir la realidad peruana de una forma plena y armónica cuando la vinculación con el pasado había sido interrumpida violentamente con la Conquista? Desde entonces, el mundo de los astros dejó de reflejarse en los signos de la Tierra, creando un desequilibrio de proporciones alarmantes. Según el escritor Julio Ortega, la historia de Perú puede ser leída desde la dramática historia del deseo. El hombre peruano vive la permanente escisión entre su noción ideal de mundo y la de la realidad. El horizonte del deseo no tiene un lugar en el mundo, pues la realidad está plagada de faltas y carencias. ¿Cuál es la última ficha de juego que tiene el hombre ante una realidad herida e incompleta? La respuesta debe hallarse en la reserva inagotable de la imaginación.

Lo que quiero demostrar a lo largo de estas páginas, es que detrás de las historias de frustración y desengaño lo que prevalece es una filosofía de la ilusión. Lo que nos conmueve de ciertos personajes de la cuentística ribeyriana, como Arístides, protagonista de *Una aventura nocturna*, es su terca capacidad de creer en un sueño a pesar de la atmósfera de desolación y abandono que

circunda su vida. La misma existencia de Ribeyro estuvo marcada por una quemante sed de otredad. En medio de las circunstancias más adversas, aún sabiendo que su vida es “como un barco que sale en busca del naufragio”, Ribeyro y sus personajes “levan anclas cada día para hacerse a la vida”. Cada vez más, Ribeyro fue pareciéndose a sus personajes de ficción. Como ellos, pasó anónimo y desapercibido. Su nombre fue ignorado en la sonoridad ruidosa del *boom* latinoamericano, a pesar de que fue el iniciador de la literatura urbana de nuestro tiempo, de la de Mario Vargas Llosa, Miguel Gutiérrez, Alfredo Bryce Echenique. Ribeyro jamás quiso convertir el oficio de la escritura en una profesión, sino en una vocación. Tampoco le interesó la celebridad ni el reconocimiento masivo. Su más alta preocupación era contar una historia de la forma más íntegra y honesta. En un momento en que la novela era el género más respaldado por las editoriales, Ribeyro se embarcó en el género del cuento elevando su rango artístico y empecinándose aún más en seguir a sus maestros: Stendhal, Balzac, Chejov. Lo que lo apasionaba era transmitir en sus escritos el *rumor de la vida*, retener lo fugitivo y hacerlo perdurar en una frase, capturar en un párrafo la eterna duración de un instante. Detrás del refinamiento de la expresión, y de una escritura contenida, neutra, depurada de todo barroquismo formal, existe el hombre roto, el vacío y la desgarradura.

La obra de Ribeyro está impulsada por una profunda unidad y coherencia. Sus diarios personales, los *Dichos de Luder* y *Prosas apátridas* establecen una estre-

cha conexión con toda su cuentística. En los capítulos dos, tres y cuatro, correspondientes al análisis de tres cuentos de carácter autobiográfico *Por las azoteas*, *Silvio en El Rosedal* y *La casa en la playa*, intenté establecer todo un sistema de correspondencias con la primera parte de este ensayo “Pienso a menudo que así como la literatura de algún autor es la hechura de su propia vida, así también la vida de un autor es lo que uno escribe”. Cada uno de los cuentos revela un fragmento del yo de Ribeyro, un punto de vista, una mirada. *Silvio en El Rosedal* es un símbolo de toda su obra. Esta construcción literaria es el resultado de la indagación de Ribeyro en las figuras del mundo en busca de un orden que le dé sentido a su existencia. A su vez, Silvio Lombardi intentará descifrar las figuras que Ribeyro ha dibujado en *El Rosedal*, intentando desentrañar el mensaje que cree oculto en ellas y que le retribuirá el sentido de sus días sobre la Tierra. Ribeyro es leído por el personaje que ha creado, y nosotros, los lectores, ingresamos a este juego al intentar leer el dibujo enclavado en las formas del jardín.

En una de las cartas que Ribeyro le escribió a su hermano Juan Antonio, dice que a él la única definición que le correspondería es la que daba Stendhal cuando le preguntaban por su profesión: *observateur du coeur humain*.

Cuando terminé de escribir este libro en homenaje a mi querido maestro Julio Ramón Ribeyro, mi madre, María Victoria Villalba, fue invitada al Perú por su amigo alemán Peter Shaefer. Aproveché para entregar-



En un encuentro de escritores en Berlín, 1965. Se puede reconocer en la primera fila a Jorge Luis Borges y a Germán Arciniegas. En la segunda fila se encuentran de derecha a izquierda el traductor alemán Wolfgang Luchting y Julio Ramón Ribeyro. En la tercera fila aparecen de izquierda a derecha: João Guimarães Rosa y Miguel Ángel Asturias. Archivo familiar.

le el manuscrito que durante dos años me mantuvo cautiva en mi habitación, para que se lo hiciera llegar a un familiar del fallecido Ribeyro. Al poco tiempo de arribar a Lima, se dedicó a realizar las pesquisas necesarias para dar con el paradero de algún familiar del escritor peruano.

Una amiga escultora le facilitó el teléfono de Juan Antonio, el hermano de Ribeyro. Coincidentalmente esa mañana había visto dos volúmenes del libro *Cartas a Juan Antonio* en la vitrina de una discreta librería limeña. No dejó de sorprenderle la íntima semejanza entre el rostro de Julio Ramón y la foto de Juan Antonio que aparecía en ambas portadas. Ese día marcó el número. “Buenas tardes. ¿Podría por favor hablar con Juan Antonio?”, dijo con la voz entrecortada por la emoción. Al otro lado de la línea, una voz amable y firme le respondió: “Juan Antonio murió, pero yo soy Lucy, su esposa”. “Lo siento mucho, no lo sabía. Me llamo Viki y mi hija es una ferviente admiradora de Ribeyro. Ha escrito un trabajo sobre él. Me encargó especialmente que te lo regalara.” Concertaron verse después del día siguiente. Al otro día, Viki tenía una cita en una galería en el barrio de Miraflores para mostrar su trabajo fotográfico. Llegó una hora antes, y para aprovechar la hermosa tarde, recorrió las calles con su inseparable cámara colgada al cuello, su mirada de linces y sus manos de seda. Las bellas casas mirafloresinas llamaron poderosamente su atención: los jardines cerrados, las ventanas teatinas, las fachadas marcadas por el inexorable paso del tiempo. Después de contemplar

varias mansiones, se detuvo frente a una enorme casa con los muros pintados de rosa y dos palmeras a la entrada. Una ventana blanca lucía altiva y solemne en el centro de la fachada. Las escaleras representaban el ingreso a los altos balcones y al ático que invitaba a contemplar el cielo. La atmósfera evocadora la llevó de inmediato a los parajes de una villa italiana. Tomó varias fotos: a los costados, adelante, atrás; seleccionando detalles de las ventanas y los balcones. Su espontánea alegría la animaba a obturar el botón de la cámara, una y otra vez. Al siguiente día acudió muy puntual a la cita con Lucy de Ribeyro. Se quedó estupefacta al llegar a la Avenida 28 de julio en el barrio de Miraflores. La casa rosada que la había impresionado el día anterior correspondía exactamente a la mansión donde vivía Lucy.

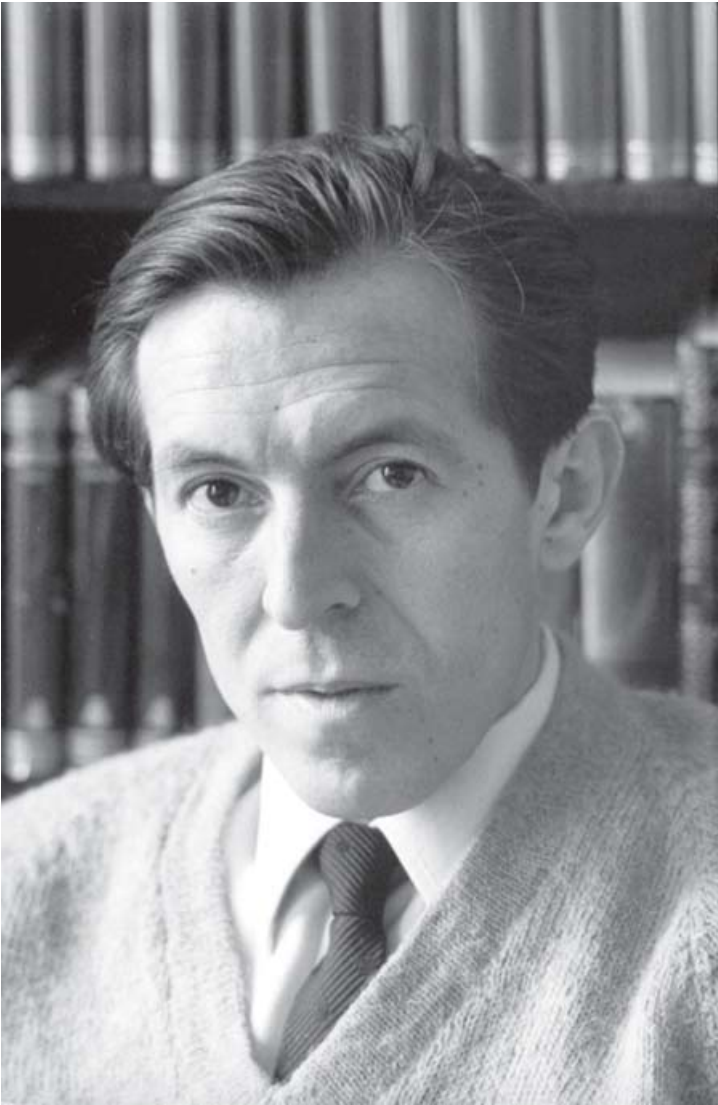
Hablaron toda la tarde. Lucy le mostró el cuarto que compartieron Julio y Juan Antonio, junto al memorable espejo que inspiró el relato *El ropero, los viejos y la muerte*. El cuento *Tristes querellas de la vieja quinta* estuvo también inspirado en episodios de la vida real. Después de todo, como dice Ribeyro, nuestra vida termina por girar alrededor de unos pocos objetos.

Ribeyro me enseñó que hay que mantener la mirada siempre alerta porque en el momento menos esperado surge la rosa del instante duradero, el encuentro, la magia, la sincronía.

Estas páginas fueron escritas con alegría, silencio y dolor. Muchas veces me sentí tentada a renunciar, pero al volver a leer el diario del escritor, reencontré la fuer-

za perdida y la paciencia para seguir escribiendo una frase y después la otra, con humildad y lentitud.

Ahora estas páginas te pertenecen querido lector. Espero que al leerlas se vaya dibujando en ti el rostro de Ribeyro, su mirada sensible y aguda, la pasión y el oficio de escribir, el fuego que condensó en unas líneas magistrales y depuradas de todo barroquismo verbal. Sus prosas son limpias, transparentes. Ésta es la verdadera literatura; la que nos hace ver la vida más intensamente. No son sólo las palabras bien dispuestas, es la energía visceral que las atraviesa quien las vuelve bellas y perdurables en el tiempo.



Julio Ramón Ribeyro en su casa en París, 1967. Archivo familiar.



UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO
www.utadeo.edu.co



EMBAJADA DE PERÚ
en Colombia



9 789589 029787